

CASTILLO SOLÓRZANO, ALONSO DE (1584-1648)

EL CONDE DE LAS LEGUMBRES

Don Pedro Ossorio y Toledo, caballero nobilísimo, nació de ilustres en Villafranca del Bierzo, villa antigua que confina con los términos del reino de Galicia. Crióse con su hermano mayor, don Fernando Ossorio, y con una hermana llamada doña Constanza, en su patria, mas por faltarle sus padres a los tres lustros de su edad, le fue fuerza valerse del camino que toman los hijos segundos que les están señalados unos cortos alimentos, y así, siguió la guerra en Flandes, donde por sus heroicas hazañas, hechas en ofensa del rebelde holandés, de alférez, que fue el primero puesto que tuvo, subió al de capitán, donde con mayor fama mereció que el serenísimo archiduque Alberto le honrase con su Majestad para que le diesen el hábito de Alcántara, con futura sucesión de la primera encomienda que de aquel militar Orden vacase. Con esto continuó su bélico ejercicio hasta que hubo treguas con el enemigo, formadas por un año; esto y saber que su hermano mayor era muerto le obligó a pedir licencia para dar una vuelta por su patria, que dos hijos que había dejado, y asimismo su hermana, necesitaban de su presencia, los unos para su amparo y ella para tratar de su remedio.

Llegó don Pedro a Villafranca a tiempo que su hermana faltaba de allí quince días había, porque una tía suya, hermana de su padre, viuda, se la había llevado consigo a Valladolid, donde entonces estaba la Corte, determinada esta señora de dejarla su hacienda después de sus días, para que con ella se casase.

Trató, luego que llegó don Pedro a su patria, de componer las cosas tocantes a la hacienda de su difunto hermano, y cuando ya las tenía puestas en razón y dejádoles a sus sobrinos en compañía de un deudo suyo anciano, para que tratase de su crianza, determinaba irse a Valladolid a ver a su hermana. Previniendo estaba su partida, cuando un día que se halló en la plaza de Villafranca vio que por ella cruzaban, enderezando a un mesón que estaba al fin della, mucha gente que acompañaba a dos literas; en la de delante iba un anciano caballero, y en la que a ésta seguía, una dama, cuya hermosura y gentil aliño dejó a cuantos la vieron aficionados, y mucho más a don Pedro, porque fue tanto lo que se pagó de verla que, embozado el hábito, fue siguiendo la litera, con una suspensión tan grande, que no miró la nota que dello podía dar a los que con él estaban. Viola apear a la puerta del mesón, y si quedó pagado de su belleza, no menos lo fue de su bizarro talle y curioso prendido. Finalmente, él quedó rematado por su hermosura, con que no sosegaba hasta saber muy de raíz quién era la que tan prestamente había triunfado de su albedrío y cautivado su libertad. Presto salió deste cuidado para ponerse en otros mayores, porque, encontrándose con uno de los criados que la acompañaban, que acertó a salir del mesón a la plaza, le preguntó cortés y agradable le dijese quién era aquel caballero y adónde iba; el criado, que no era menos apacible, le dijo estas razones: «Señor mío, el caballero por quien me preguntáis, que es mi dueño, se llama el marqués Rodolfo; es un gran señor de

Alemania; su venida a España fue a ser embajador ordinario en la corte de vuestro Rey, por la Cesárea Majestad del Emperador; trae a la hermosa Margarita consigo, hija suya, para casarla con Leopoldo, su sobrino, que asiste en Valladolid. Este caballero es bizarro y de grandes partes, y hallándose en lo mejor de su juventud, deseó ver tierras y salió de Alemania con ese intento, acompañado de cuatro criados; vio a toda Italia, Francia e Inglaterra, y paró en España, donde, agradado de su temple y pagado de sus hijos, ha querido vivir en la Corte con mucho lucimiento de casa y de criados, siendo muy favorecido de la Majestad Católica y amado de todo lo noble de su corte, porque su generosidad y agradable condición saben muy bien granjear las voluntades de todos. Habíase tratado ese casamiento de Leopoldo con la señora Margarita en Alemania, y cuando salió el Marqués, mi dueño, con la merced de esta embajada, hízose más esfuerzo en esto, deseando el Emperador que tenga efecto. Nuestra venida fue con tan mal temporal, que padecimos en el mar una tormenta tan peligrosa que muchas veces nos vimos a pique de ser anegados; entonces el Marqués, como tan cristiano caballero, hizo voto, si Dios le libraba de aquel peligro por intercesión del glorioso Patrón de las Españas, de quien es muy devoto, de visitar el santuario en que se venera su Santísimo cuerpo.

»Llegamos a Valladolid, y apenas el Marqués descansó quince días, en que se capitularon Leopoldo y Margarita, cuando quiso cumplir su promesa viniendo a Santiago; no viene con él Leopoldo porque le pareció no convenir, y así, se queda en Valladolid a cuidar del despacho de la dispensación que se ha de traer de Roma, por ser primos hermanos.

»Esto es lo que os puedo decir a lo que me habéis preguntado.»

Agradeció don Pedro al criado la relación que le había hecho, y ofrecióle servirle si en algo valiese, con que se despidió dél.

Esta plática fue ya de noche, paseándose por la plaza, y hacía algo oscuro, de modo que el forastero no pudo notar en don Pedro las señas del rostro, porque él con cuidado deseó encubrirse dél. Apartóse el amartelado caballero con no poca pena de haber sabido lo del casamiento y que tan adelante estuviese, y así este cuidado como su amor no le daban un punto de sosiego.

Aquella noche quiso de embozo ver cenar al Marqués y a su hija, valiéndose del tercio que le hizo el mesonero, porque le puso en parte donde a su satisfacción dio buen cebo a sus ojos, que fue echar más leña al fuego. Esotro día partió el Marqués de allí sin que don Pedro tornase a ver a su hermosa hija, porque la noche antes había discurrido sobre su penosa inquietud, y convino, para un nuevo capricho que

le ocurrió, que no fuese visto del Marqués, de Margarita ni de ningún criado suyo.

El camino de Santiago es áspero, porque todo el reino de Galicia es fragoso, y así, el Marqués caminaba cortas jornadas, con que a don Pedro le pareció que su vuelta no sería en aquellos veinte días, haciéndose la cuenta del descansar en Compostela algunos para tornarse a poner en camino con más aliento. Dispuso con esto sus cosas, y despidiéndose

de todos sus conocidos y amigos, se vino a Ponferrada, villa más hacia la corte, cuatro leguas de la que había dejado; allí se hospedó en un mesón, de donde no salía de día; las noches tomaba el fresco con tanto recato de no tratar con nadie, que con ninguna persona de Ponferrada comunicó sino con el huésped, de quien se hizo grande amigo y a quien dio parte de sus intentos. Tenía don Pedro un criado que le había servido desde que juntos salieron de Villafranca hasta entonces, en quien don Pedro había conocido mucha fidelidad y amor; a éste nunca reservó secreto alguno ni afición que tuviese, de suerte que para con él no había cosa oculta, salvo esta afición, de que no le había dado parte.

Conocía Feliciano, que así se llamaba este fiel criado, que su dueño andaba con nueva inquietud, que tenía desvelos, pues lo más de las noches se le pasaban sin dormir, dando vuelcos por la cama, suspirando, y ignoraba la causa desto; vía por otra parte que en Ponferrada no estaba la causa de sus desvelos, porque a estar allí o de noche o por el día no dejara de acudir a su martelo, porque un corazón afligido brevemente descubre su pasión con los que le tratan de cerca, pues las acciones manifiestan su pena y descubren la causa della. Todo esto faltaba en don Pedro, si bien no las ansias de su pecho, que en el silencio de la noche no le eran ocultas a Feliciano, y como andaba con cuidado de saberlas, costóle algunos desvelos examinarlas con los oídos. Un día, no pudiendo sufrir tanto silencio, hallándose solos, le habló Feliciano desta suerte: «Nunca imaginara, señor y dueño mío, que en ti pudiera haber tanto recato que penas que encubres en tu pecho se me celaran, habiendo siempre sido el archivo de tus secretos y el fomento de tus empleos. Poco me favoreces, pues cuando conozco en ti desasosiegos, inquietud y penas de amor, me las ocultas; véote desvelado las noches, retirado los días, y siempre con un profundo silencio y una grave melancolía que me tiene puesto en notable cuidado. Tú saliste de tu patria publicando que venías a la Corte; has hecho asiento en esta villa, con tanto retiro de que te vean que me trae confuso ver esto y ignorar a qué fin se hace. No ignoro que a los criados sólo les es dado servir a sus dueños con puntualidad o amor, obedecer sus órdenes y mandatos y no querer saber dellos más de lo que le preguntan; yo he seguido hasta ahora este estilo, mas con la licencia que me tomo por la antigüedad de criado tuyo, siempre fiel en tu servicio, me atrevo a preguntarte: ¿Qué designio te ha traído aquí? ¿Por qué causa vives con desvelo y qué intentas hacer con estarte en esta posada retirado de la conversación, que es la que muchas veces o las más divierte las penas? ¿Merece más este huésped, conocido de cuatro días, que un criado que te ha servido muchos años? Decláreseme este enigma, que no es mi consejo tan para desechar que en algunas ocasiones no te has valido dél.»

Aquí dio fin a su justa querrela Feliciano, y su amo principió a su satisfacción desta suerte:

«Feliciano amigo, resistir uno su estrella mal puede si del cielo está determinado que ha de dominar en él, aunque comúnmente se dice que el sabio tiene dominio sobre ellas; yo debí de nacer para amar a una beldad que ha rendido mi pecho, ha sujetado mis potencias y puesto en sujeción mi albedrío, y así, resistirme a lo que los hados disponen será yerro. Déjome llevar de mi afición con conocimiento de que sigo un imposible y que intento una temeridad, y por esto me ves imaginativo, desvelado y melancólico, sin sosiego las noches, con silencio los días, y padeciendo entre mí muchas penas nacidas de que amo

donde tengo por dudoso el premio de mi amor, con un impedimento que me desmaya la esperanza. Al fin, por no tenerte confuso, yo vi aquella beldad, aquel serafín humano, aquel portento de hermosura que pasó por nuestra patria en compañía del marqués Rodolfo, su padre; las partes que hay en ella, pues tú las viste, bien serán disculpa de mi arrojamiento a amarlas; conózcolas, ámolas, mas hay un estorbo que me impide el pretenderlas. Esta dama, que es su nombre Margarita, está capitulada con un caballero primo suyo, llamado Leopoldo, de tantas partes que para competidor sobran. Ya amé, ya quise, ya padezco; retroceder desto téngolo por imposible hasta probar los vados que en esto hay; galantearla un caballero pobre como yo cuando la espera esposo otro galán rico, bien entendido, conocido y con sangre suya, es disparate, porque ¿de qué suerte introduciré este amor de manera que llegue a recibir un papel mío? Mi sangre no es inferior a la suya, pues las casas de Astorga y de Villafranca honran mi origen noble; en esto no podía reparar si mi suerte fuera tal que con más lucimiento me hubiera visto en la Corte; a ella vuelve de su romería, y sólo tengo de término para comunicarla tres meses, que será lo que tardare en venir la dispensación; he hecho varios discursos sobre el introducirme con ella, y el que más en mi favor está es fingirme loco y procurar con donaires caerla en gracia en esta villa, para que della me lleve consigo a la Corte. Esto se me ofrece por ahora, aunque sea en desdoro de mi opinión; mas fíome en que en la Corte seré conocido de pocos por haber mucho tiempo que estoy fuera de España; sin esto, el traje que pienso ponerme ha de ser ridículo, y esto me hará ser desconocido de todos y introducido en la casa del Marqués, donde no pienso perder tiempo, porque hay también en mi favor saber de quien me hizo información desta dama que no admite con mucho gusto el casamiento, por ver a su primo muy distraído con mujeres. El comunicar esto con el mesonero me ha estado a cuento porque él ha de ser el todo de mi introducción, deseando que haga un informe de mi persona muy en favor mío. Con esto sabrás, Feliciano, mi amor, mi pena y mis intentos.»

Parecióle a Feliciano a propósito la traza de su dueño, pues por otra alguna no podía introducirse con su dama, y así fueron disponiendo algunas cosas para que tuviese mejor efeto, y la primera fue vestirse don Pedro de un hábito ridículo, que era a lo antiguo, con follados de paño verde, ropilla de faldas grandes, capa de capilla redonda, muy corta, y una gorra de Milán, verde, de terciopelo. Con este hábito se mudó a otra posada que era de un hermano del huésped, persona de quien también fiaron el secreto, costándole esto a nuestro don Pedro algunos doblones de muchos que había traído de Flandes, con algunas ricas joyas de diamantes, ganado todo al juego, en que era muy dichoso.

Volvióse, pues, nuestro Marqués con su hermosa hija de su romería, y, antes de llegar a Ponferrada, los palos de la litera en que venía se rompieron, de modo que al anciano le fue fuerza ponerse a caballo y llegar así a la villa, donde trataron luego de hacer otros para proseguir su viaje; no había en aquel lugar maestro tan diestro que hubiese hecho semejante hacienda, y así no se la pudo dar en dos días, pena para los caminantes ver esta detención.

Posó el Marqués en el mesón donde había estado don Pedro, por ser el mejor de aquel lugar, y esa fue la causa porque él le había dejado y mudado de posada en otra cerca de aquélla. Instruido el huésped en lo que le había de decir al Marqués para la introducción

de su persona, vínole la ocasión como la podía desear, porque como es propio de señores ociosos el preguntar en ajeno lugar por las cosas particulares dél, el Marqués, deseoso de saber lo que en Ponferrada había, mandó llamar al huésped. Era muy afable caballero el Embajador y habíase visto en España algunas veces, de manera que sabía la lengua della como si fuera nacido en su reino. Pues como el huésped estuviere en su presencia, le comenzó a preguntar la antigüedad de aquella villa, las casas ilustres que había en ella, el trato de sus vecinos, la hermosura de sus damas y otras mil menudencias a que satisfizo el huésped dando larga cuenta de todo, y entre las cosas memorables de aquella antigua villa quiso poner la de la persona de don Pedro, hablando dél con estas razones:

«Entre muchas cosas de que a vuestra excelencia he dado cuenta tocantes a esta antigua villa que causan admiración, hay una que le prevengo sé que le ha de dar notable gusto. A este lugar vino, habrá quince días, un hombre vestido a lo antiguo, de paño verde, y tratado de algunas personas deste lugar, le preguntaron quién era; a que respondió que él había salido del río Sil, que baña los muros de aquel lugar, y que era, de gran prosapia en Galicia; hácese llamar señoría, porque se intitula Conde de las Legumbres; los disparates que dice acerca de apoyar su título son ridículos, de modo que a todos hace reír; no sale mucho de la posada en que está; trátase bien y no sabemos de dónde le socorren; tiene sólo un criado que le lleva su peregrino humor, y desta manera pasa; tengo por rara maravilla no haber venido a visitar a vuestra excelencia, que es muy amigo de comunicarse con forasteros.»

Dióle al Marqués mucho gusto lo que su huésped le contaba, y rogóle que se le trujese a su presencia, ayudándole a esto la hermosa Margarita, que estaba presente a esta plática. Obedeció el huésped solícito, porque le importaba traer a don Pedro allí, y así, salió de su casa a la de su hermano para hacer que viniese, advirtiendo primero al Embajador que le había de tratar con muchos honores si quería gozar dél gustoso, porque cuando no hallaba este agasajo se desesperaba; prometióselo así, con que el huésped fue por don Pedro, el cual vino vestido en la forma que le había dicho al Embajador; extrañóle el traje y asimismo a la hermosa Margarita; acompañaba a don Pedro, Feliciano, su criado. Salióle el Marqués a recibir a la puerta de la pieza donde estaba, diciéndole. «Bien sea venida la gala de España y la flor de todos los caballeros della.» «No gana vuestra excelencia las albricias -respondió don Pedro- en decirme eso, que muchos han alabado a la Naturaleza por lo perfeto que me crió.» «Yo seré uno más de los dese voto -replicó el Marqués-; que un diamante finísimo a todos parece bien, y así, ese talle, con las perfecciones que el cielo puso en él, es agradable objeto de cuantos le miran.»

Ya don Pedro llegaba a la presencia de Margarita, y así, fingiendo aún más suspensión de ver su grande hermosura de la verdadera que tenía, dijo: «Cesen ya las alabanzas de mi perfección, señor Marqués, que es tiranizárselas a esta dama; decidme si es hija vuestra para que participéis de las alabanzas que la diere, por genitud de una beldad que es prodigio de nuestro hemisferio, milagro de la Naturaleza y asombro de los vivientes, si bien dulce y regalado objeto de los ojos, imán de las voluntades y poderosa flecha de Cupido. ¡Juro, a fe de conde, que en este breve instante que he mirado su beldad me tiene el alma tan rendida que ya no soy mío ni mi libertad prenda propia de mi alma!» «Tantas

son vuestras ponderaciones, señor Conde -dijo la dama-, que me dejan sospechosa de que se pasan a lisonjas, y introduciros conmigo por ellas viene a ser descrédito vuestro, pues no aconsejaría a galán ninguno que al principio de su empeño mostrase sus defectos, pues es dar recelos de su verdad.» «La mía es -dijo el enamorado caballero- pura, cándida, limpia y sin mácula de socarronería, como veréis siempre en mí.» «Siéntese vuestra señoría -dijo el Marqués-, que le queremos muy despacio.» «Así pluguiése al Plasmador del orbe -dijo don Pedro sentándose-; mas veo que ha de ser tan breve este contento, tan momentáneo este júbilo, que menos que punto me ha de parecer la corta asistencia que habéis de tener en esta villa, no lugar terrestre, sino cielo hermoso, pues ha merecido que esta deidad ponga sus divinas plantas en él.» «Ahora bien -dijo el Marqués-; comiécense vuestra visita con decirnos quién sois, que hablar con caballeros con quien tenemos cortas noticias es darnos causa a ser groseros y cortos en las cortesías que se les deben.» «No lo podéis ser -dijo el disfrazado caballero-; mas para que mi amor y deseos de serviros se entablen con fundamento de saber mi origen, dadme atención. Este reino de Galicia fue gobernado antiguamente por condes, y después por reyes. Imperaba Gundemaro, señor deste reino, el cual quedó viudo del segundo matrimonio, de quien tuvo sucesión a la infanta Teodomira, que, reinando después, fue llamada la reina Loba; ésta se enamoró de Recaredo el Galán, uno de los ricos hombres de Galicia que siempre siguió la Corte; era deudo dél, aunque poco, y muy favorecido suyo, con que pudo tener entrada en el cuarto de la infanta y llegar a merecer sus brazos. De aquella amorosa unión fui yo engendrado, y llegado el tiempo de nacer al mundo era en ocasión que el rey se halló en el cuarto de su hija; diéronla los dolores, y como primeriza en esto, no pudo disimularlos en la presencia de su padre; él se pensó que otro accidente le había sobrevenido; lleváronla sus criadas a la cama ignorando el verdadero mal que la fatigaba, y a pocas se llegó el parto en que me arrojó al mundo para conocer en él mis desdichas. Cuando me acabó de parir mi madre, que fue en brazos de una criada, tercera de sus amores, salió conmigo a entregarme a un hermano suyo, que estaba avisado para esto, y al salir del cuarto de la infanta, encontré con el rey que venía a verla; temió que, curioso, quisiese examinar lo que en la falda de la ropa llevaba, y así, se volvió por excusar este lance y atrevióse a bajar al jardín, y por una puerta que caía al río Sil me arrojó en él metido en una cestilla de mimbrés, dando cuenta a la infanta cómo me había entregado a su hermano, como estaba dispuesto antes. Surcando iba las cristalinas ondas del claro río, cuando las aguas se dividieron y yo fui sumergido en ellas y recibido en los brazos del mismo Sil, que cercado de sus hermosas ninfas fui llevado a su cristalino albergue. Bien pensaréis que esto es poética ficción de las que maquinan los poetas; pues creedme, que pasó como lo digo.»

«En este oculto albergue fui criado de las ninfas y dotrinado del anciano río, que deseó sumamente que yo saliese consumado en todo, y para esto puso toda su diligencia en mi enseñanza. Supe tres o cuatro lenguas, en especial la latina con más cuidado que todas. Bien sería de cuatro lustros cuando amor quiso que su fuego tuviese jurisdicción en el agua, porque se le diese feudo como absoluto señor de lo terrestre y acuátil. Había entre aquel virgíneo coro de ninfas una de quien el anciano Sil hacía más estimación que de las demás; llamábase Anacarsia; sus gracias eran superiores, porque su hermosura era singular, aventajando con ella sus compañeras con el exceso que el délfico planeta aventaja en luz a los celestes astros; el tocar todos los instrumentos lo hacía con suma

destreza; su entendimiento era superior; en fin, ella era un prodigio en todo. Desta beldad me aficioné de modo que no tuve hora de sosiego después que el niño dios hirió mi corazón con las fechas de aquellos hermosos ojos; era dificultoso el declararme con ella por haber poco lugar de dejarnos a solas las que habitaban aquel palacio cristalino; pero un día que todas las ninfas asistían en una academia de música y versos conque entretenían al padre Sil, fingióse enferma la divina Anacarsia sólo a fin de que yo tuviese lugar para hablarla; estaba avisado de su traza, y así me fui a su aposento, donde la hallé en su mullido lecho afrentando con su nieve animada el candor de las sábanas y con su hermosura al mismo sol. Turbéme cuando me hallé en su presencia, propio efeto de los que bien quieren, mas cobrándome algo pude en balbucientes razones decirle éstas: «Hermosísima ninfa., gloria »deste undoso albergue, si pena para las almas que advierten en tu hermosura, la mía desde que te »vieron mis ojos se ha entregado a servirte que ya no tengo dominio en ella; tuya es, por tuya se tiene, »trátala como a prenda de quien te la entregó con puro amor y encendida voluntad. He tenido a gran »favor que permitieses darme este lugar para hacerte sabidora de mis amorosas pasiones; si tú las »remedias como son bien entendidas, dichoso yo que a tanta dicha he llegado.» Cobróme afición la hermosa Anacarsia, y así, a mis amorosas razones correspondió con otras, con que me dejó favorecido y con esperanzas de mayores premios, si no lo atajan los pasos del undoso Sil, que, como me echase menos en su academia y juntamente a su hermosa ninfa, acudió luego a su albergue a ver qué hacía, y llegando a él con pasos quietos pudo escuchar toda nuestra amorosa conversación, con que, enojado conmigo, quiso que no pasase a más mi atrevimiento y así, cercado el albergue de Anacarsia de claras olas, cubrió la puerta del aposento donde habitaba, la ninfa, sacándome a mí dél violentamente, y de allí a la ribera del río, de donde oí una voz que me dijo: «Gundemaro, tú eres descendiente de reyes, »aunque ha tiempo que dejaron su cetro y le posee otro fuera de su línea; naciste gentil, tú escogerás »la ley que más te ha de convenir, que es la que observa este reino que fue de tus antecesores; tu »expulsión de mi morada ha sido justa, porque no era razón consentir amores ilícitos con quien me tiene »ofrecida su pureza y yo a ella mi amparo y patrocinio; vive de hoy más en tu reino, y cree que deseo »tus aumentos mucho, y así, yo tendré especial cuidado contigo.» Dijo, y con un remolino alborotó las aguas, quedando de allí a un rato quietas como si tal cosa no hubiera pasado. La parte donde me hallé fue en una huerta de hortaliza, en un cuadro sembrado de perejil; túvelo por buen agüero, porque de aquel sitio se derivó mi nombre, y así, después que tuve el agua del bautismo me llamo don Pero Gil de Galicia, tomando el apellido del reino que fue de mis padres, que ha cuatrocientos años que murieron, según he sabido por fieles tradiciones. Esto soy, con que me llamo Conde de las Legumbres, estado que he prohiado a mí, Porque un hombre tan ilustre como yo no ha de vivir como particular caballero. Mi origen he dicho, mi prosapia he publicado; si mis partes merecen ¡oh ilustre Marqués! que con ellas, me atreva a servir esta prodigiosa hermosura, esta singular belleza y este tiempo de todas las perfecciones, vuestra licencia espero, vuestro beneplácito aguardo, mi nueva y encendida afición pide que no me le neguéis, pena, de contravenir a ello, que dé fin a esta vida, en que se pierde el más importante caballero que tiene la Europa, y el deudo más honrado que tiene el Católico Filipo.»

Acabó aquí su plática, con tantos encarecimientos y tan notables afectos, así de visajes como de significación, que fue mucho no disparar la risa el Marqués y su hermosa hija.

Feliciano estaba admirado, considerando a cuánto obliga el amor, pues a un caballero de tan gran juicio, que en la milicia se tomaba su voto por el primero, haciendo acciones de haberle perdido se procuraba introducir por juglar para galantear aquella dama.

Después que el Marqués hubo compuéstose porque la risa de parte de adentro aún no la tenía sosegada, le habló desta suerte: «Señor don Pero Gil, ilustre y fresco Conde de las Legumbres, mucho me he holgado de conocer vuestra persona y saber vuestro prodigioso nacimiento, y crianza, y a no certificármele vuestra autoridad, creyera que me contábades ficciones que intentan los autores de los libros de Caballerías, pues por fuerzas de encantamientos vivían los hombres y las mujeres en ellos quinientos años; debo dar crédito a un caballero tan legumbroso como vos, con la dignidad de Conde auestas, que acrecienta decoro al trato y respeto a la persona; la mía queda desde hoy tan aficionada a vuestras partes que no perderé vuestra amistad en cuanto la vida me durare, y quisiera ser natural destos reinos por estar más cercano a vuestro servicio; pero lo que en ellos asistiere, que será lo que la voluntad del César dispusiere, eso me tendréis muy pronto a serviros. En cuanto a daros licencia para que sirváis a Margarita, desde luego os la doy, y a ella licencia para que os admita el galanteo, pues sé cuánto gana en eso; pero ella está capitulada con un primo suyo, y despachado por la dispensación a Roma para hacerse, luego que venga, sus bodas; esto es un atajo para no pasar adelante con vuestro deseo; no me pesa poco no haberos conocido antes, para que, granjeando en vos un yerno tan ilustre, mi casa quedara calificada con sangre de reyes de Galicia. Los más galanteos llevan su fin al matrimonio; esto no puede ser, pues galantear sin este fin ni vos lo querréis ni el esposo que aguarda a Margarita.»

Aquí nuestro disfrazado caballero hizo grandísimas demostraciones de sentimiento oyendo lo que el Marqués le decía, con que aumentaba la risa a los circunstantes, que ya no podían abstenerse de ella, y mucho más la hermosa Margarita, lastimándose igualmente con su padre de ver en un buen talle y sujeto perdido el juicio con aquellas locuras, y que tuviese por tan cierto haber nacido quinientos años había y ser aborto del río Sil.

Mientras algunos criados de porte ponían dificultades en la relación que les había hecho don Pedro, y él estaba allanándoselas, comunicó el Marqués con su hija un pensamiento que le había ocurrido, que era llevarse a don Pedro a la Corte, porque sus donaires y singular capricho no era posible sino que les había de entretener mucho, no quitándole el tratarle como hombre principal, informados del criado que lo era, el fin de una grave enfermedad quedó con aquel delirio. Vino la hermosa Margarita en que le llevasen, dejando para otra visita el declararse con él. Don Pero Gil significó al Marqués, a la despedida, que ya que su amor no podía aspirar al fin de merecer la mano de su hermosa hija, por lo menos no le quitase la gloria de amarla con amor casto y limpio, que ése, ni aun su esposo le tendría por sospechoso.

El Marqués se lo permitió, diciéndole que a la noche fuese su huésped en la cena, que tenía que comunicarle algunas cosas; aceptó con mucho gusto don Pedro y despidióse desta visita.

Quedaron el Marqués y sus criados hablando de la persona de don Pedro, admirados de su nuevo capricho y loco tema, y el Marqués trató con ellos cómo tenía determinado pedirle que se fuese con él. Acertó a hallarse allí el mesonero y díjole: «Dudo mucho que don Pedro Gil haga eso si es que ha de ser tratado como a inferior, porque es puntosísimo y vano, y caso que se determine en el modo de caminar también hallo dificultad, porque ir vuestra excelencia en litera y él a caballo dudo mucho que venga en ello.» «Para eso daremos un remedio -dijo el Marqués-, y es que Margarita le mande que la vaya galanteando cerca de su litera, que si prosigue en lo enamorado no lo podrá rehusar, y irá en un macho regalado que traigo conmigo para salir algunos días a caballo que me canso de la litera, que por ser diferente en el adorno y buen aderezo que lleva de las demás cabalgaduras, no lo despreciará.»

Esto concertado, cuando anocheció vino don Pedro Gil a la posada del Marqués, hallándole muy afable al recibirle; tomó silla cerca de la hermosa Margarita, que fue para él sumo favor; hablaron en diversas cosas, hallando el Marqués en él un entendimiento muy capaz si no se descompusiera con algún cuidado para deslumbrar su conocimiento. Cenaron gustosamente, porque en toda la cena no cesó don Pedro de decir donaires y apodos a los circunstantes con que los tuvo muy entretenidos. En levantando los manteles, el Marqués habló a don Pedro desta suerte: «Señor Conde, lástima es que esa persona adornada con tantas partes de cordura se malogre en esta pequeña villa, y que no participe della una insigne corte del rey de España. Ya he sabido que corta posibilidad estorba no estar donde digo con la autoridad que esa persona merece; pero si se determina, por la afición que le he cobrado, estimaré en mucho que vuestra señoría se quisiese dignar de irse conmigo a Valladolid, adonde le tendré en mi casa con el decoro que se debe a quien es, sin que le cueste nada. De estar allí se le sigue que conocidas sus partes halle esposa igual a ellas, de calificada sangre y con riqueza, pues tratará con algunas señoras Margarita que las pueda hacer inclinar a esto. Alcance yo este favor de que vuestra señoría quiera ir conmigo, pues el amor que muestra a Margarita, que es puro y sincero, me asegura que no ha de disgustar a su esperado esposo. A esto que he dicho aguardo su respuesta; halle yo la que merece mi voluntad y bien nacidos deseos.»

Notablemente se holgó don Pedro de que hubiese surtido efecto su traza, y no menos que yendo por huésped del Marqués y cerca de su adorado sueño. Lo que le respondió fue esto: «Señor excelentísimo, sola esa voluntad y amor de vuestra excelencia podían sacarme desta villa, donde determinaba acabar mi vida en sus soledades, pues cuando un conde como yo se halla con obligaciones a qué mirar y poca renta con que acudir a ellas, desdicha destes calamitosos tiempos, lo mejor que le puede estar es retirarse donde sea conocido por quien es, aunque ande sin el fausto de criados, ni tenga más que un moderado vestido. Yo no saliera desta villa en toda mi vida, mas vuestras instancias pueden mucho, juntamente con esta beldad que atrae a si los corazones como el tracio Orfeo con su dulce lira a las fieras, animales, plantas y piedras montaraces; vuestro soy desde este día; no quiero advertiros del trato que se le debe a la calidad de mi persona, pues ya os consta mi regia sangre y título que poseo. Ir sirviendo en este camino a la beldad de vuestra hija es para mí uno de los mayores favores que me podéis hacer, y así, acepto cuanto me ofrecéis con mucho gusto.»

Trataron del modo que había de continuar aquel camino, y el Marqués allanó con don Pero Gil que había de asistir en él cerca de la litera de su hija, yendo en un macho regalado de su persona, cosa que aceptó don Pedro con mucho contento, y lo quedó el Marqués de ver que la fineza de su amor olvidase la comodidad del caminar, cuando todos pensaban que escogería litera como él la llevaba o que no fuera. Esto concertado, al día siguiente don Pedro puso en la litera a Margarita, gozando de que con su ayuda ella se acomodase valiéndose de sus brazos, y esto le duró desde que salió de Ponferrada hasta que entró en Valladolid.

Las cosas que le iba diciendo por el camino, así de ternezas como de donaires, entretuvieron a la hermosa dama mucho, exagerándole a su padre en cada posada a que llegaban lo divertida que había venido aquel día con don Pero Gil de Galicia. La última jornada que caminaron quiso don Pedro certificarse de su dama si apetecía el casamiento en que estaba capitulada, y así, buscando conversación a propósito en que no fuese esto traído por los cabellos, como es ordinario en los afligidos descansar su pena con cualquiera persona que comunicasen a menudo, aunque conocía el sujeto de don Pero Gil, a la pregunta que le hizo de si tomaba gustosa estado le respondió: «Señor don Pero Gil, no hay duda sino que en mi primo Leopoldo hay partes para ser amado; mas hallo contra mí una condición en él, tan inclinado a tratar con varias mujeres sin reparar en estados, sean altos o bajos, que me quita gran parte del gusto que tengo en este consorcio, lo que no hiciera a haber en él enmienda después que me ha visto en España, pues eso le había de poner freno para que con más veras fuera amado de mí. Dios sabe con el temor que tomo estado, porque quien en los principios halla estos tropiezos, ¿qué puede esperar adelante? La obediencia de mi padre y la conveniencia para su casa con este casamiento me hace no salir un punto de su gusto; ya me he determinado: lo que hago es rogar a Dios que mis agasajos le obliguen, para que con el conocimiento dellos él se reforme.»

No quisiera don Pedro que tan en ello estuviera Margarita, sino que tomara esto con menos gusto para que su introducción hallara más esperanza que la que se prometía. Hablóla en eso muy a propósito, abonando la parte de su primo con decirle que podía esperar en él enmienda, y propuso entre sí de esforzar cuanto pudiese su pretensión, declarandose con la dama en la primera ocasión que se ofreciese. Con esto llegaron ese día a Valladolid, saliéndoles Leopoldo a recibir media jornada antes de su llegada.

Fue recibido del Marqués y de su prima con mucho gusto, cosa para el disfrazado don Pero de poco, porque viendo el buen talle y persona de Leopoldo le causo no pocos celos y hizo titubear en la empresa. El Marqués dio a conocer la persona de don Pedro a su sobrino desta suerte: «Conced, señor sobrino, a este caballero que nos viene desde Galicia favoreciendo, que su persona y partes merecen todo agasajo, como yo se le he hecho, bien debido a la real sangre de donde deciendo y a ser Conde de las Legumbres, estado tan dilatado que en cualquiera parte tiene vasallos que le obedecen.» Reparó Leopoldo en don Pedro, y así de su traje como del nombre y título infirió que aquel personaje era hombre de humor, y que como a gracejante le traían consigo, y así, por convenir en su presencia con lo que su tío le había dicho, se volvió a don Pedro a quien dijo: «Mucho me he holgado, señor Conde, de conocer a vuestra señoría, y mucho más de que venga haciendo este favor al Marqués, mi señor, y a mi prima. Con los dos me

ofrezco por su servidor y amigo, que basta haber estimado su persona y partes para que yo les imite.» Agradeció don Pedro el favor que Leopoldo le hacía, y así le dijo: «Todo lo que tocare a la hermosa Margarita debo tener en mucha estimación; ésta haré de aquí adelante de vuestra señoría, deseando valer algo para que me ocupéis en vuestro servicio todo el tiempo que el señor Embajador gustare que le esté asistiendo en su casa.» «Qué, ¿ése más bien tenemos? -replicó Leopoldo-. Yo quedo con esto gozosísimo, pues tan de puertas adentro nos viene.» «No sé cómo le tendréis por tal -dijo el Marqués- porque el señor don Pero Gil viene muy enamorado de vuestra prima, y este conocimiento entró por amor, si bien ya me ha asegurado que después que supo su empleo se ha quedado convertido en amor de hermano, y con ése viene favoreciéndola.» «Así es -dijo don Pedro-, para que no tengáis recelo ninguno, que a no asegurarnos desto pudierais tener alguna inquietud, y no sólo vos, mas el mismo Narciso; que con mi gala y entendimiento no hay en el orbe quien compita.» «Ese conocimiento me queda -dijo Leopoldo- en lo poco que ha que os he visto, y así, fiado en vuestra palabra, me aseguraré, lo que sin ella no hiciera.»

Con esto llegaron a la Corte, donde al apearse el Embajador en sus casas halló muchas señoras que estaban aguardando a su hermosa hija. Apeóse Margarita en los brazos de su esposo, nueva pena para el enamorado don Pedro, que ya iba sintiendo de veras los celos. Aquella noche hubo una espléndida cena en que cenaron cuantos se hallaron allí a su recibimiento; fue prevención del galán Leopoldo, comenzando desde este día a mostrar sus finezas.

Posaba este caballero dentro de la casa del Embajador, y también don Pedro, señalándole allí un cuarto muy bueno, como si no viniera en cuenta de jugar, porque de aquel modo quería entretenerse a sí y a la Corte con don Pedro; él se fue a acostar después de cenar, no poco cuidadoso de verse empeñado en empresa donde hallaba tantas dificultades, dudoso cómo podría salir con ella cuando de por medio había tantos empeños, y el mayor en ver la resolución de Margarita en obedecer a su padre aun conociendo la condición de su primo; no le animó mucho su criado Feliciano, antes le reprendía su determinación, pues se había expuesto a parecer truhán en una Corte por lo que no había de alcanzar. En varios discursos pasaron gran parte de la noche los dos, resolviéndose don Pedro a que en declarándose con Margarita si no era della bien admitido volverse a Galicia.

Seis días continuaron las visitas de los caballeros y damas con quien el Embajador y su hija se comunicaban, y en todos ellos sazonó sus conversaciones don Pedro con muchos donaires que dijo, cayéndoles a todos en mucha gracia, celebrando cuantas decía, con que corrió la voz por la Corte de que era el más entretenido bufón que en ella había entrado. Aconsejaban algunos al Embajador que le llevase a Palacio, porque le aseguraban que el Rey gustaría mucho dél; vino a oídos de don Pedro y enojóse mucho, diciendo que los señores como él que tenían por dudoso el agasajo debido a su autoridad y sangre que el Rey le haría, no habían de ponerse en ocasión de tener después sentimiento de haber andado corto con él. No quiso el Embajador disgustarle viéndole rehusar esto, librando el convencerle para cuando estuviese más sazonado.

Habían caído enfermos dos criados de Leopoldo, de quien fiaba sus amorosos empleos, y aunque pudo abstenerse de su condición en tiempo que debía andar ajustado por contentar a Margarita, no miró a esto sino a seguir su gusto, y así, le pareció salir de noche acompañado de Feliciano, sabiendo que era hombre de buenas manos para fiar su seguridad dél. Llevóle consigo tres o cuatro noches a una casa donde salía muy a deshora della; aunque entraba allá, Feliciano no quiso ser curioso en averiguar quién era el dueño de aquella casa, hasta la tercera o cuarta noche que asistió allí, y así, hallándose con una criada -que deseó seguir el ejemplo de su ama con Feliciano- la preguntó cómo era aquella casa y quién la dama del empleo de Leopoldo. Con amor mal se guarda silencio; era criada, y con esto está dicho que diría cuanto le fue preguntado; de su información sacó Feliciano que aquella casa era de la tía de su dueño, y su hermana la dama que Leopoldo gozaba, con palabra que primero la había dado de casamiento, y proseguía en esto porque su gran retiro la tenía ignorante del casamiento que Leopoldo tenía capitulado con su prima. Sabido esto por Feliciano lo trasladó a la noticia de su dueño esotro día, de que don Pedro quedó tan absorto como indignado contra su hermana, si bien este procedimiento de Leopoldo con quien tanto le tocaba, le esforzó su esperanza viendo que por aquel medio se facilitaba más su empresa, pues era cierto que viviendo él y igualando en sangre a Leopoldo, no había de consentir que con otra se casase sino con su hermana, a quien debía su honor. El medio que tomó para ver la resulta deste empeño fue que Feliciano dijese a la criada cómo Leopoldo estaba capitulado con su hermosa prima, exagerándole sus partes, para que ella diese copia desto a su hermana, aguardando lo que haría sabiendo su agravio.

Hízose así como lo dispuso don Pedro, y a la siguiente noche, que ya doña Blanca -así se llamaba la hermana de don Pedro- tenía sabido esto, tuvo una gran pesadumbre con Leopoldo, si bien él negaba a pies juntillas el estar capitulado ni tratar de casarse con su prima, y así, procuraba satisfacer a doña Blanca en esto. Ella fingió darse por satisfecha, con pretexto de hacer el día siguiente una apretada diligencia sobre ello, con que despidió a Leopoldo, yendo él muy contento en pensar que quedaba su dama muy satisfecha; pero fuese con propósito de no volver tan presto, fingiéndose indispuerto. Supo esa misma noche don Pedro de Feliciano todo cuanto había pasado [entre] doña Blanca y Leopoldo, y sintió mucho que su hermana hubiese dádose por satisfecha de quien la trataba con tanto engaño; quiso que se pasasen dos días hasta ver qué era lo que su hermana hacía, mandando a Feliciano que estuviese a la mira de todo.

Esotro día de la satisfacción de Blanca, ella, con la rabia de los celos, no tuvo sufrimiento para esperar a más, y quiso saber su agravio de buen original, que fue la boca del Marqués; tomó un coche, y yendo de embozo se fue a su casa, en tan mala ocasión, que habiendo llegado a los corredores della para hacer llamar al Embajador, se encontró con Leopoldo, el cual, conociéndola, en breve se le ofreció presumir a lo que venía, que era a dar cuenta al Embajador de su casamiento y a mostrarle la cédula, y era así como lo imaginaba, que doña Blanca se dio por satisfecha de Leopoldo al cargo que la hacía de casarse con su prima, con ánimo de acudir el día siguiente a saber del Embajador todo esto. Recibióla Leopoldo con muchos agasajos, aunque ella no le mostró buen semblante, cosa que acreditó en Leopoldo más su sospecha; díjole que le importaba hablarla sobre cierta cosa, y para eso que sería cómodo puesto un cuarto separado del de su tío; porfiaba

Blanca que antes que la hablase había de estar con el Embajador, y esto defendía Leopoldo, diciéndola que estaba ocupadísimo en ver un pliego que le había venido de Alemania enviado del César. Tanto la persuadió a que le había de hablar antes que ella al Embajador, que quiso por entonces Blanca darle gusto a Leopoldo, y así, el caballero se valió del cuarto de don Pedro, pidiéndole que tuviese allí aquella dama mientras él volvía a hablarla, en asegurando a su tío y prima. Como Blanca estaba de embozo no la conoció don Pedro, aunque se sospechó, por lo que había sabido, que era su hermana; tampoco Blanca conoció a su hermano, porque el traje que vestía era singular, y además desto traía anteojos, con que se disfrazaba mucho. Acompañó don Pedro a su conocida hermana, y, dejándola en su aposento cerrada, volvió a buscar a Leopoldo para saber qué determinaba hacer de aquella dama; él se ocupó un largo rato con su tío, y así no pudo salir, con que envió a decir a don Pedro que entretuviese a aquella señora por un rato, diciéndola en disculpa suya que precisa ocupación le estorbaba que no viniese tan presto, pero que no podría tardar. Entró don Pedro en su cuarto, cerrándose por de dentro para verse a solas con la dama. En tanto Margarita había sabido que su primo había hablado con una embozada en el corredor y pedido a don Pedro que la llevase a su cuarto, y apasionada de los celos quiso saber quién era con la ocasión de poderlo hacer muy a su salvo por una puerta que de su cuarto iba al de don Pedro, de que tenía la llave; hízolo así, abriendo muy quietamente por no ser sentida. Esto fue a tiempo que don Pedro entró en su cuarto y pudo hallar sin embozo, descuidada, a su hermana, que aguardaba a Leopoldo, bien segura que podría ser vista de otro. Luego que la conoció, sin dar lugar a que echase sobre el rostro el manto, la dijo estas razones:

«Mujer indigna de la noble sangre que heredaste de tus antecesoras y de llamarte hermana mía, ¿es posible que olvidada de las obligaciones que te corren, confiada en una leve palabra vengas tan en oprobio tuyo a esta casa a renovar la infamia que has hecho, a rogar a quien te olvida, a persuadir a quien con falso modo te engaña? Si llevada de tu ciego amor querías este empleo, deudos tenías para comunicarlo con ellos antes que cegarte y entregar tu honra a quien te ha de tratar con tanto desdén, pues esto se verifica en sus acciones, si bien lo adviertes, pues cuanto más finezas te miente, trata de casarse con su prima. ¡Que vivas tan enamorada, que cuando toda la Corte sabe este empleo tú sola lo ignores! ¡Si no mirara el lugar adonde estás, con este acero procurara acabar con tu vida para que fuera escarmiento a otras! ¿Tan ajena vives de la obediencia de nuestra tía, que has dado entrada en su casa a Leopoldo? ¿Tú habías de poner en contingencia tu honor, igualándole en sangre y calidad? ¡Dicha ha sido tuya llegar en esta ocasión a esta Corte, aunque en el ridículo traje en que me ves, para procurar con todo cuidado que Leopoldo no burle de ti! ¡Dime, fementida Blanca, lo que hay en este empleo, para que se ponga remedio en todo, y esto sin desdecir de la verdad, pues te va en ello no menos que la honra y la vida!»

Estas razones oía la afligida doña Blanca con los ojos puestos en el suelo y vertiendo dellos hermosas perlas; tal se le podían llamar a sus lágrimas. Estaba tal la pobre dama que no acertaba a pronunciar razón alguna; mas a persuasión de su hermano, en breves razones le dijo cómo en una fiesta Leopoldo la vio, y aficionado della supo su casa, la paseó y envió papeles, y continuando el servirla con amantes finezas, pudo merecer tener entrada en su casa, y dándole palabra de casamiento, por cédula que allí traía, firmada de

su mano y con testigos, llegó a sus brazos. Finalmente, la dama le dijo a su hermano cuanto había, y él, por no afligirla más, la dio buenas esperanzas de que acabaría con Leopoldo que le cumpliera la cédula.

Toda esta plática había escuchado la hermosísima Margarita por la puerta que de su cuarto venía al de don Pedro, y admiróse extrañamente de que persona calificada como don Pedro, según infería de sus razones, no falto de juicio, sino muy con él, se hubiese puesto en astillero de juglar, pasando plaza de tal en su casa y en la Corte; ignoraba la causa de haber hecho de sí aquella transformación, si bien le dio alguna sospecha que ella podía haberla dado; por otra parte consideraba el doble trato de su primo Leopoldo, pues trataba casamiento con ella habiendo dado cédula y palabra a aquella dama tan principal; por salir de una y otra duda no quiso estar oculta escuchándoles, y así salió de donde estaba, a tiempo que ni doña Blanca tuvo lugar de embozarse ni su hermano de disimular su enojo; pero cobrándose algo, dijo: «¿Qué celada ha sido ésta, portento de la hermosura, dueño de mi alma y gobierno de mi albedrío? ¿Traiciones hacéis con quien halláis descuidado? No dé esa belleza tales sustos, que será acabar la vida con un gozo, como otras se acaban con un pesar.» «No haya disimulos, señor mío -dijo Margarita-, que ya sé que no sois lo que publicáis y que el pesar que os aflige pedía más sentimiento a solas que donaires en público; mi curiosidad, con una punta de celosa, ha descubierto en vos más fondos de lo que manifestáis, y en Leopoldo, mi primo, más cautela de lo que prometían sus mentidas finezas. De una vez quiero salir de la confusión en que estoy declarándose este enigma vuestro, que así le juzgo, hasta hallar su solución en vos; mas antes que esto yo sepa, conviene que esta dama, hermana vuestra, se pase a mi cuarto, diciendo vos a Leopoldo que de verle tardar tanto se fue con despecho de aquí, sin ser posible el detenerla, y dejadme después hacer a mí.» Llevóse consigo a doña Blanca, agasajándola, con que la animó a esperar mejor suceso en sus cosas del que se había prometido en el desdén de Leopoldo y la indignación de su hermano. Dejó Margarita a Blanca en compañía de sus criadas y volvióse donde estaba don Pedro, el cual, si bien al principio se alteró con su vista y saber que había oído la deshonra de su hermana, se holgó después de que sus celos y curiosidad hubiesen descubierto el rebozo a su disfraz y hallado el desengaño de su primo.

Pues con la venida de la hermosa Margarita don Pedro se alegró mucho, y así lo manifestó su semblante; ella le mandó tomar una silla, y haciendo lo mismo comenzó su plática desta suerte: «Estoy metida en tantas confusiones de poco tiempo a esta parte y con tanto pesar del término doblado de mi primo, que vengo a consolarme con vos y a que me descifréis muchas cosas que hallo oscuras para mí. Una es el veros remoto desta Corte, conocido fuera della por hombre falto de talento; otra, que como juglar y hombre de entretenimiento os hayáis introducido en parte donde tenéis prenda, y más de tantas partes como la señora doña Blanca, vuestra hermana, debiendo mirar, si sois el que sospecho en la calidad, [que] os afrentáis con daros a conocer por truhán y hombre ridículo, así en el traje que vestís como en los donaires con que entretenéis. El haberos puesto en esto es por gran causa; esa deseo que me digáis por que yo salga de muchas dudas en que estoy.» Calló con esto la bella Margarita, y don Pedro, para satisfacerla, dijo así: «Hermosísima señora, no ignoraréis, aunque no lo hayáis experimentado, que amor es poderosa deidad y que como tal no hay humano sujeto que si se vence de su

pasión no busque modos, invente trazas e investigue caminos para remediarla. Este alado dios, a quien han rendido vasallaje cuantos sus poderosas flechas han sentido, hirió con una mi pecho viendo vuestra divina hermosura cuando pasé por Villafranca, patria mía; fui informado de quien érades, el estado que esperábades tener con mucho gusto de vuestro padre, aunque poco vuestro por conocer la condición de Leopoldo que verifiqué con oírlo después de vuestra boca. Animóme esto, aun estando tan adelante el consorcio, a emprender esta empresa por el camino extraordinario que habéis visto; pospuse mi autoridad, calidad y noble sangre, haciéndome hombre de humor, con la quimera que habéis oído, para que esto me introdujese con vuestro padre y con vos; ha sido mi dicha tal, que pude conseguirlo, si bien vuestro respeto enfrenó en mí el declararme con vos, temiendo que no habíades de darme crédito y ser en tiempo que vuestras bodas están tan adelante; la desdicha de mi hermana y vuestros celos han sido causa de que oigáis de mí que soy don Pedro Ossorio y Toledo, caballero calificado y de las dos casas de Villafranca y Astorga; hónrame el pecho la militar insignia de Alcántara, dada por muchos servicios hechos en la guerra, con esperanzas de encomendar presto. Mi estado os he dicho, mi atrevimiento también; por último os pido perdón, disculpando amor y vuestra divina beldad; este yerro ha dado motivo para vuestro desengaño y mi dicha, haber sucedido la facilidad de mi hermana. Quien la tiene a cargo su honor le cumplirá la palabra o yo perderé la vida sobre ello.»

Admirada dejó a Margarita la relación de su disfrazado amante, y puesta en obligación de favorecer y estimar su fineza, lo cual iba ya haciendo, ofendida, como desengañada con el proceder de su primo. Lo que le respondió fue: «Señor don Pedro, con leve causa, como es mi poca hermosura, os dispusistes a empeño tan grande contra vuestra opinión y sangre; yo estimo la fineza, si bien no os disculpo, pues vuestras partes eran dignas de mayor empleo que el mío. Yo he sentido la poca estimación que de mí ha hecho mi primo, y así, le costará el perderme, si bien creo que quien teniendo tan adelante su boda no desistía de sus gustos, daba a entender con esto que no era el suyo de casarse conmigo; bien me ha estado el desengaño antes de haber enlazado el nudo que no se puede desatar sino con la muerte; habré conocido del todo su condición y su poca fineza, como conoceré la vuestra no me olvidando de lo que os debo.»

A sus pies se arrojara don Pedro a besárselos si Margarita le diera lugar; agradeció con muchas sumisiones el favor que le hacía y prometía hacer; lo que los dos determinaron allí fue lo que adelante se sabrá.

Fuese Margarita a agasajar a su huésped y a poner en ejecución lo que con don Pedro había consultado. El enamorado caballero aguardó a Leopoldo, el cual vino de ahí a media hora que su prima se había retirado a su cuarto; preguntó a don Pedro por la dama que le dejó en guarda, y la respuesta que le dio fue que viendo su tardanza se había ido sin bastar persuasiones suyas a detenerla. «Bien me ha estado el tardarme -dijo Leopoldo-, pues ha resultado desto cumplirse mi deseo, que era ver fuera desta casa a esa mujer que ha dado en perseguirme; no he tenido poca dicha en que no se haya encontrado con mi tío, que tuviera muy mal rato con él a hablarle.»

Algunas preguntas le hizo don Pedro con su acostumbrado donaire para sacarle más; pero Leopoldo no se declaró del todo, sí bien para don Pedro ya estaba entendido su pensamiento, y era tanto el enojo con que estaba de ver el desprecio que hacía de su hermana, que fue mucho abstenerse de manifestarlo con la espada en la mano.

Ya Margarita había vuelto a verse con Blanca, de quien más dilatadamente supo sus amores, y los verificó la cédula de casamiento que la mostró, dejándola de nuevo admirada el doble proceder de Leopoldo. Envió Margarita a llamar a su padre, y teniéndole en su presencia, a solas, le dijo: «Siempre fue buena razón de estado en los padres el casar a sus hijas con su gusto, pues un empleo que ha de durar toda la vida no es bien que sea sin voluntad; muchos fían en que las condiciones de los hombres se mudan con la mudanza de estado, y son pocas las que con él tienen enmienda, y así, hace mucho de su parte quien con esta obediencia cierra los ojos a aventurarse y mucho más quien en su empleo tiene vistas premisas de cuán malo ha de ser. Mi obediencia nunca reparó, señor y padre mío, en cumplir con tu mandato, aunque conocí en mi primo Leopoldo condición tan adversa a la mía que ella me estaba prometiendo disgustado empleo. Obedecí conociendo que otros pudieran serme más de gusto no inferiores en calidad ni riqueza; vi en ti deseos de que estas bodas se hiciesen; despachóse a Roma, después de capitularlas, por la dispensación, y cuando en mi primo había de haber más amor y más finezas para conmigo, procede con diferente modo, pues ha dado palabra de casamiento a una dama que veréis presto en vuestra presencia.» Entonces llamó a doña Blanca, a quien había dejado en su aposento, la cual salió adonde estaba el Embajador y su hija; tomó silla con los dos y prosiguió Margarita diciendo: «Esta dama es, señor, a quien digo que mi primo dio palabra de casamiento por escrito, y con esto le debe su honra; trae consigo la cédula que le hizo, queriendo hablarte para darte razón de lo que pasaba en su ofensa, fue vista de Leopoldo, deteniéndola que te viese y encerrándola en el cuarto de nuestro huésped. Esto pudo llegar a mi noticia, y con un poco de curiosidad, por la puerta que de mi cuarto va a él pude escuchar una plática en que he sabido todo esto; salí por esta dama y hela traído a mi cuarto para darte noticia de lo que me has oído. La calidad desta señora es mucha, porque es Ossorio y Toledo, descendiente de dos calificadas casas en España; tiene ánimo de dar cuenta a sus deudos, que los tiene en esta Corte y muy nobles, para que estorben mis bodas. Hasta aquí ha llegado el obedecerte como a padre; de aquí adelante no permitirás que te obedezca, porque antes tomaré un hábito en el más estrecho convento desta Corte, donde acabaré mi vida, que yo sea esposa de mi primo.»

Quedó el Embajador admirado con lo que oía a su hija; vio la cédula hecha a doña Blanca; convencióle la razón que tenía en poner por ella impedimento a las bodas que de futuro se esperaban, y determinó de despedirlas por su parte, y aun el sobrino, para que no viviesen juntos desde aquel día. Hizo retirar a las damas; mandó llamar a Leopoldo y, venido a su presencia, le mostró la cédula que hizo a Blanca, diciéndole si conocía aquella letra; él, turbado y perdido el color, comenzó a negarlo, mas el Embajador le dijo que no lo hiciese, porque con muchas cartas suyas le comprobarían ser una misma firma aquella y las otras; confesó últimamente Leopoldo que ciego de afición había hecho aquello, pero que no pensaba cumplir la cédula aunque sobre ello perdiese la vida. Había estado don Pedro oyendo esta plática, encubierto y ya en diferente hábito que el que traía, con un vestido muy lucido y su hábito de Alcántara en la ropilla y capa, y oyendo esta

razón de Leopoldo, sin aguardar a más se entró donde estaba y le dijo: «Señor Leopoldo, vos miraréis, mejor lo que decís, advirtiendo en la calidad de la que despreciáis, pues con ella os iguala en sangre; ella es mi hermana, y por eso me toca el ampararla y defenderla; si no le cumpliéredes la promesa hecha, espada traigo en la cinta y sabré con ella haceros que se la cumpláis o que perdáis la vida.» Replicó a esto Leopoldo que ya tenía mirado en aquel particular lo que podía mirar, y que amenazas no le habían de forzar a hacer lo que no era de su gusto. Encolerizóse don Pedro y desafió a Leopoldo; la pesadumbre se iba encendiendo más; las damas salieron a ser el remedio de todo; pusiéronse en medio de los dos, mandando cerrar las puertas por que no saliesen fuera.

Con todo lo que había pasado, en la pesadumbre, no había reparado el Embajador en la persona de don Pedro, sino que se creyó que había venido tras de su hermana, y el verle con lucido vestido, hábito y sin anteojos, que siempre los traía, le hizo desconocer, mas reparando más en él conoció en que el huésped que tenía como truhán era el que desafiaba a su sobrino. Como Margarita viese que su padre no apartaba los ojos dél con admiración, cayendo en lo que podía ser, le dijo: «Señor, el que miras en diferente hábito es el que poco ha traía otro bien ridículo; don Pedro Ossorio y Toledo es, que con donaires nos entretenía; apaciguado este disgusto sabrás la causa que le movió a ponerse en esa forma.»

En nueva admiración quedó el Embajador, y no dejara de preguntar a su hija le declarase aquello, si el ver a los caballeros empuñadas las espadas y en vísperas de hacer aquella sala palestra de su duelo, no se lo estorbara. Comenzó por blandas razones a persuadir a su sobrino que no rehusase lo que le había de estar tan bien, pues de no lo hacer se seguían tantos pesares, y que no se fiase en él, porque vista la poca razón que tenía y la ofensa que a aquella dama hacía, había de ser contra él, ayudando a sus contrarios hasta hacerle casar, y que en cuanto a su hija, se desengañase que no sería su esposa, porque ella no se hallaba obligada dél con las pocas finezas que con ella había hecho. Viose Leopoldo atajado por todos caminos y en víspera de perder la vida, y así, hubo de condescender con lo que su tío le decía, dando de nuevo la mano a doña Blanca y abrazando a su hermano, antes desconocido por quien era. Entonces Margarita dijo a su padre cómo, aficionado della don Pedro, se había introducido en su casa con hábito de juglar, cosa en que se hallaba con obligaciones de premiarle aquella fineza si en ello tenía gusto. Mostróle tener su padre, y con su licencia se dieron las manos, llegando don Pedro a ver cumplido su deseo.

Las bodas de los dos fueron de allí a quince días, en que asistió lo noble de la Corte; hízose aquella noche una lucida encamisada, habiendo carrera pública aquella tarde. El Rey honró a estos dos caballeros, con que vivieron en España muy contentos con sus esposas.»

A todos los oyentes dio gusto la novela de Garcerán, que así se llamaba el que la refirió, divirtiéndose asimismo Rufina, que desde su aposento la había escuchado. Hacía el hermano Crispín gran confianza della, y así, no excusó que se tratase aquella noche de

muchos designios que tenían los compañeros de hurtar en partes donde tenían avisos que había hacienda; algunos hurtos aprobó Crispín con su autoridad y experiencia, y otros reprobó por los inconvenientes que allí les propuso; era el norte de aquella compañía, y así ninguno excedía de lo que él ordenaba. Era hora de recogerse, y por aquella noche no se hizo partición de lo hurtado, difiriéndolo para mejor ocasión, quedando en depósito del ermitaño, que con fidelidad lo guardaba.

Recogidos los compañeros, Crispín no lo quiso hacer hasta verse con Rufina y darle las buenas noches; hallóla más gustosa que hasta allí habla estado, con que se holgó mucho; preguntóla qué le había parecido la novela; díjole que muy bien, y que con oír muchas como ella divertiera su melancolía. «No la tengáis, dueño mío -se atrevió a decirle el falso hipocritón-, que muchos divertimientos destos habéis de tener, y aun medras en esta casa si lo esquivo moderáis.» Parecióle a Rufina que era tiempo ya de dejar severidades y tristezas a un lado, y desde aquella noche comenzó a hacer mejor rostro al hipócrita, por llegar a efecto el asalto que le pensaba dar. Con esto se fue Crispín a dormir, llevando grande confianza que aquella roca se había de rendir poco a poco, pues lo más estaba hecho, que era echar a un lado la santimonia y quitádose la máscara.

El día siguiente, antes de salir la aurora, ya los oficiales de la garra habían dejado la ermita yéndose a buscar la vida a costa de pacientes. Crispín había de ir a la ciudad a pedir la limosna ordinaria, y despidióse de Rufina; ella le encargó hiciese diligencia en saber si su hermano estaba en Málaga, dándole las señas de su rostro y talle, bien diferentes del rostro de Garay. Dejóla cerrada el hermano, cosa que a ella se le dio poco, porque desde Córdoba traía hechas llaves maestras, forjadas contra el robado ginovés.

Quedóse sola en el ermita; ya estaban de concierto ella y Garay que en viendo en Málaga al hermano Crispín él se viniese a la ermita; así lo hizo, viniendo en uno de los dos cuartagos. Fuele abierta la puerta por Rufina, y en breve espacio le di cuenta del trato del ermitaño, de su afición, y cómo tenía en aquella ermita lindo dinero junto, hurtado en buena guerra. Deseaba Rufina engañar a Crispín de modo que en lo que tocaba a moneda no le quedase un dinero, y así previno a Garay que luego volviese a la ciudad y le buscase unos polvos conficionados de modo que infundiesen sueño, que éstos prevenía para la burla que le pensaba hacer, y que desde aquella noche no se le pasase ninguna sin dormir con su cuartago cerca de la ermita, en una parte que le señaló desde una ventana que sojuzgaba toda aquella campiña. Con esta advertencia Garay volvió por la posta a Málaga y le trujo los polvos en breve tiempo sin que hubiese venido Crispín, porque todo el día ocupaba en juntar su limosna, y hasta cerca de anochecer no volvía a la ermita. Volvió, pues, siendo alegremente recibido de Rufina, con muchas caricias, que fueron para él grandes lisonjas, hallándose cada punto más enamorado de la moza; mostróle lo que había juntado de la limosna, dado de buena voluntad, y sin esto, algunas cosas que él pudo agarrar sin verlo sus dueños, como eran dos jarros de plata y una gargantilla de perlas, descuido de quien las dejó a mal recaudo sin temer las malas manos de Crispín; la gargantilla dio luego a Rufina, haciéndosela poner, con que le dijo muchos requiebros. Ella le agradeció el presente, con que aquella noche cenaron amigablemente, haciéndola sobremesa un apuntamiento acerca de sus amores; no tuvo muy en contra la respuesta, con que libró su dicha en promesas de futuro que esperaba ver presto cumplidas.

Estaba concertado entre los ladrones hacer capítulo la noche siguiente, y rehusáballo Crispín, porque lo hurtado se había hecho carne y sangre en él, y así no quisiera que vinieran, aunque se previno de una traza, que fue, luego que llegaron, decirles que no parasen allí, porque tenía aviso de la ciudad que la justicia andaba cuidadosa de buscar a un homicida, y que en casos de traición no valían los sagrados a los delincuentes, que se temía no viniesen a su ermita, donde fuesen conocidos algunos dellos que los buscaba la justicia. En gente deste porte siempre es creíble cualquier novela deste género, y así, creyeron a su caudillo y se fueron de la ermita, con que nuestro Crispín quedó a solas en ella con su dama, la cual le había prometido favorecerle aquella noche, con que estaba loco de contento, no viendo ya la hora de verse favorecido de aquella hermosura. Llegóse la hora del cenar, y tenían bien con qué hacerlo, porque Crispín había traído el día antes mucha caza de volatería y la tenía para la cena prevenida con muy gentil vino, de lo mejor que había en Málaga, de que estaba llena una bota. Aderezada la cena con ayuda de Rufina, que en esto se mostró solícita, se puso la mesa y comenzaron los dos a cenar gustosamente; los brindis se menudearon, advertida la hembra de gobernar la taza, con tal cautela, que Crispín siempre bebió vino que estaba mixturado con aquellos polvos que infundían sueño; bebió el hermano espléndidamente, rematándose con el postrero brindis la cena, a que se le siguió luego un pesado sueño, tan grande que Rufina hizo experiencias dél, procurando despertarle con tirarle de las orejas y narices, y era como si tirara de un cuerpo muerto; con esta seguridad bajó a la bóveda, y de unas arcas que en ella había sacó cuanto moneda ocultaban, que no era poca; ésta puso en unos talegos muy liados con cordeles y los acomodó en unas bizazas de cuero, en que parte de aquel dinero había sido hurtado a un tratante de ganado mayor y obligado de una carnicería; hecho esto, Rufina salió al campo, y con una seña que hizo acudió Garay a la ermita con brevedad; díjole Rufina en el estado en que estaban las cosas; cargaron con el dinero, y las alhajas se dejaron, con no poco sentimiento de los dos, mas a su razón de estado importaba esto para no ser conocidos por algunas de aquellas piezas y malograr con esto su diligencia.

En breve acomodaron la moneda en el cuartago, y los dos se pusieron a caballo, yéndose a Málaga, no poco ufanos de habérsela pegado al mayor ladrón de la Europa tan a su salvo. Llegaron a Málaga, y en la posada de Garay se aposentaron, estando Rufina oculta de los huéspedes aquella noche y esotro día. Sabía Rufina cuándo estaban determinados de tener junta los ladrones con su jefe Crispín, que era para de ahí a cuatro días, y previno lo que se dirá adelante, que me llama Crispín, a quien dejamos dormido.

Pasó toda la noche durmiendo cerca de la mesa en que había cenado, y ya bien entrado el día despertó, no sabiendo lo que había pasado aquella noche; llamó a Rufina, acordándose que por su mucho sueño había perdido la ocasión que había deseado, de que no poco se lastimaba; repitió con voces el nombre de la astuta moza, mas fueron en balde; buscóla por toda la casa, la iglesia y bóveda, y no la hallando salió al campo a buscarla y halló las puertas cerradas, cosa de que se maravilló mucho, con que se pensó que le había sucedido a Rufina una desgracia; buscóla de nuevo, mas hallando las arcas abiertas y vacías de la moneda que guardaban, conoció que se la había llevado y que ella era causa de su fuga; parecióle que por aquel campo estaría, porque no se atrevería a salir

con la oscuridad de la noche; buscóla, pero fue en balde, con que a costa de su sentimiento hubo de tener paciencia, corrido de que a un ladrón tan antiguo como él le hubiese hecho herida una flaca mujer, infiriendo desto que todo cuanto había hecho con él era fingido por robarle. Ese día fue a Málaga por si acertaba a toparla en la ciudad; encontró con Garay, y como no le conocía Crispín, por no le haber visto, todo fue cansarse.

Ya Rufina y Garay tenían prevenida su partida para Castilla, mas no quiso ella partirse sin darle un mal rato al hipócrita ermitaño. Ella sabía el día que habían concertado los ladrones de hacer capítulo y junta en la ermita que quiso aquel mal hombre hacer receptáculo de delincuentes, digo su casa o celda, para que fuesen hallados juntos y llevasen el castigo que merecían por sus delitos. Escribió un papel al Corregidor, dándole en él razón de dónde y cómo se podían prender, y con eso partiéronse de Málaga, deseando parar en Toledo, donde los dejaremos ir su camino, por decir que el Corregidor, luego que recibió el papel, aguardó a que fuese ya de noche, y yendo con gente a la ermita la cercó y entró dentro, donde halló a Crispín bien descuidado de aquella visita; buscóle la casa, bajó a la bóveda y dio con los compañeros; halló allí escalas, ganzúas y llaves maestras, cosas concernientes al rapante ejercicio; asimismo vio en las arcas piezas de plata y alhajas de precio, indicios que manifestaron el trato de aquella virtuosa gente, a quien mandó prender y maniatar fuertemente. Crispín estaba turbado, de suerte que no acertaba a hablar a lo que le preguntaban; el Corregidor le dijo: «¡Mal hombre, vil hipócrita, que con capa de santidad ejerces latrocinios ¿No te bastaban para tu sustento las muchas limosnas que hallabas dadas por caritativos pechos, suficientes para tener una muy buena pasada, en lugar cómodo para servir a Dios, sino valerte del más infame ejercicio del mundo? Tú has venido a mis manos; dellas saldrás tú y todos tus compañeros para una horca.» Con esto los llevaron donde, sustanciada la causa, fueron condenados a muerte, porque confesaron muchos delitos, todos culpando a Crispín, que era quien les daba aviso de los hurtos y abría las puertas para hacerlos. Él anduvo tan valeroso en el tormento que negó fuertemente, mas con todo no se pudo librar de la sentencia, si bien después se libró de la cárcel; diéronle en ellas unas terribles tercianas, por donde se dilató en él la ejecución de la justicia, si no la de sus cómplices, que fueron luego ahorcados. Y cuando estaba Crispín para entrarle en capilla, en hábito de mujer salió a mediodía de la cárcel, con no poca admiración de todos y con mucha pesadumbre para el alcaide de la cárcel, que le costó muchos días de prisión, culpándole que con sobornos le había dado libertad; mas él se libró desta acusación dando la persona que le dio los vestidos, que por ello fue a galeras.